Expectativas sin éxito

Autor: Manolo Campa

Con grandes expectativas esperé las vacaciones en la playa. Durante esos días disfrutaría de descanso abundante, juegos de dominó sobre el tablero situado a la sombra de los cocoteros, diálogos en mi idioma con recién conocidos disfrutando con ellos tacitas de café fuerte, aromático y dulzón. ¡A la orilla del mar hallaría relajamiento físico y mental!

Me sometería a un tratamiento energético moderado, basado en baños de mar a gusto, por inspiración, a petición del cuerpo, sin seguir horario o disciplina alguna. Nada de nadar, flotar boca arriba cuando más… y siestas ilimitadas para reponerme del agradable "surmenage" que produce la inmersión en agua salada.

Pero… frecuentemente mis opiniones son diferentes a las de mi esposa: Ella opina que las vacaciones en la playa son para recuperar la forma física. Para rendir culto al movimiento, a la vida al aire libre, al ejercicio fortificante… yo estimo que son para descansar, comer y disfrutar en el mar sin agotamiento.

¡Ganó ella! Las dos semanas en la playa las pasé sometido a un entrenamiento apropiado para un recluta de los Infantes de Marina. Para acompañar a mi consorte en sus caminatas de alborada, me levanté lo dolorosamente temprano como para poder ver en el horizonte el redondel anaranjado del sol iniciando su ascenso hacia el mediodía.

Sobre la arena blanda caminé millas de ida y millas de vuelta, como un cartero sin "jeep". Inflé a fuerza de duro soplar, balsas y flotadores de plástico para que los nietos y otros visitantes se divirtieran balanceándose con seguridad sobre las olas.

Al llegar al motel a la orilla del mar que era nuestro destino, busqué la sombra de unos cocoteros y la encontré jubiloso. Busqué a señores de mi edad, aptos para jugar dominó o disfrutar hablando en español de política y deportes, y no los hallé… los otros veraneantes eran matrimonios jóvenes que dedicaban su tiempo a cuidar de sus hijos pequeños.

Al tener que madrugar, caminar, nadar y tragar agua salada –que a veces funciona como laxante- se agregó otro factor más que aseguraba mi total "recuperación" física: El hambre. Los desayunos durante aquellos "inolvidables" días, consistieron en una dieta de "non fat yogurt", que es una papilla que sabe a leche vieja… que a pesar de su pomposo nombre no puede saber a otra cosa porque es leche vieja.

Para poder disfrutar de la compañía de algunos nietos, nuestras vacaciones empezaron al terminar las clases en los colegios. En el motel ocupábamos un cuarto con dos camas para cinco personas. Mi mujer hizo una distribución "admirable" para el disfrute de aquellas acomodaciones: una de las camas era para ella y la nieta que se graduó de "kinder". La otra para los dos nietos… y

sobre la alfombra pelada y una almohada flaca dormiría yo, el fakir de la familia, acostumbrado a todas las medidas de austeridad doméstica.

Como mi afable y cordial esposa había dejado saber dónde estábamos, el sábado y el domingo teníamos "asamblea general" de parientes cercanos y lejanos con descendencia y ascendencia: niños y viejos rompiendo la "monotonía" de nuestras vacaciones con sus gracias y su algarabía.

Los niños ansiosos por entrar en el mar… y los viejos con el reloj en la mano haciéndolos esperar las tres horas reglamentarias después de comer… regla de antaño para salvar vidas que hoy no se observa y no causa muertes.

Debido a la multitud de "invitados" que nos ayudaron a descansar y disfrutar de esos días de vacaciones, el gerente del motel me subió la renta y regresé de la playa "pelao" de piel y de dinero. Con apacible conformidad recordé una frase que decía un guajiro amigo mío: "Lo único limpio que es feo, es el bolsillo".

EN SERIO:

Los sicólogos modernos denuncian los males de una educación autoritaria que no logra formar la libertad del niño. Por otro lado, también sostienen que difícilmente llega el joven a la madurez si cuando niño no lo acostumbraron a obedecer y someter sus caprichos a la disciplina.

Como aquí hay un empate: los científicos han puesto "una de cal y otra de arena", recurramos a una autoridad superior: Dios. El Libro del Eclesiástico, capítulo 30, sobre la disciplina de los niños, dice: "El que ama a sus hijos, acostumbrará a reprenderlos. Más tarde ese hijo será su consuelo…Educa a tu hijo y fórmalo bien para no tener que sufrir por su mala conducta."

Los padres no debemos faltar a nuestras responsabilidades de educar, con el pretexto de que al ser exigentes con nuestros hijos, perderemos su cariño. Al contrario, los niños que crecen con disciplina, cuando son adultos quieren más a sus padres y aprecian lo que sus padres hicieron por ellos.